

Samuel Gregg (2019), *Reason, Faith and the Struggle for Western Civilization* (Razón, fe y la lucha por la civilización occidental).
Regnery Publishing, 192 páginas¹

En *Reason, Faith and the Struggle for Western Civilization*, Samuel Gregg sostiene que la cultura occidental es el resultado del encuentro entre Atenas y Jerusalén, o, en otras palabras, entre los significativos aportes de las sociedades grecorromana, judía y cristiana. Gregg contrasta la civilización occidental con la civilización hindi, persa, tailandesa y japonesa, así como con algunas culturas africanas. Por eliminación, entonces, Occidente es, en gran parte, el tesoro legado a sitios tan diversos como Constantinopla, Dublín y Guatemala.

Un paseo por el barrio Akihabara en Tokio, Japón, revela cientos de comercios especializados en productos electrónicos que atraen a miles de potenciales clientes luciendo ropa occidental, hablando por celular y conduciéndose como lo hacen los profesionales en cualquier país industrializado. Veremos tendencias similares en Seúl, Bangkok y Nueva Deli. Pero, en paralelo, vemos un Palacio Imperial, cuya arquitectura es notoriamente japonesa, así como templos sintoístas. Notamos una lengua, un arte, unas costumbres y una cocina que no son occidentales. Algo similar ocurre en Guatemala, donde floreció la civilización maya, principalmente en el periodo clásico, entre los años 250 a 900: intuitivamente separamos elementos occidentales de los no occidentales, sin poder definir las diferencias con precisión.

No son las ciudades en sí, ni tampoco sus gobernantes famosos los que moldearon Occidente: la clave yace en la particular forma en que esta cultura híbrida interconectó la razón y la fe.

Parece ser que fue Tertuliano quien primero preguntó «¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?». Tertuliano fue un converso al cristianismo nacido en Cartago (en lo que hoy es Túnez, África) en 160. En algunos de sus escritos confiesa haber sido pecador de joven. Su condición de hijo de centurión le procuró una educación de alto nivel. A los 30 años, se convirtió al cristianismo y empleó su pluma para defender su nueva fe. Ya tarde en su vida, alrededor del año 213, se distanció de la iglesia de Cartago y se aproximó al montanismo, una herejía empezada por Montano, de Ardabau, Frigia, quien hacía profecías cuando entraba en éxtasis. El intransigente Tertuliano fue atraído por el afán de los montanistas de reavivar el profetismo y su convicción que el final de los tiempos estaba próximo; Tertuliano incluso estableció una facción dentro del movimiento, los tertulianistas, cuyos adeptos fueron posteriormente reincorporados a la Iglesia por San Agustín. Su biógrafo escribe que «Tertuliano reconoció y apreció los valores de la cultura grecorromana como la mayoría de los cristianos cultos de su época, y discriminó entre los que consideraba aceptables y aquellos que debían rechazarse. Empleó el fervor de su alma y la lucidez de su inteligencia en una serie de obras en las que muestra brillantemente sus dotes de polemista,

doctor y moralista bajo un aspecto formal de tipo académico rico en medios expresivos...» (Ruiza, et ál. 2004). El africano usa la lógica para aproximarse a la fe y a la verdad, y así casa la cultura grecorromana con la fe cristiana.

La frase de Tertuliano completa es: «¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas, la Iglesia con la Academia y lo cristiano con lo herético? Después de Jesús no tenemos necesidad de especular, después del Evangelio, no hay necesidad de investigar.» (Minzenmayer, 2017)

El pastor evangélico Payton Minzenmayer comprende que, en la mente de Tertuliano, Jerusalén es la ciudad de la religión, tanto judía como cristiana. Jesús vivió y predicó en esas tierras. Atenas es el epicentro de la academia y de la filosofía. Se trata, por tanto, de conjugar la teología con la filosofía. Agrega Minzenmayer: «Otra forma en que pudo haber planteado la pregunta es “¿Cuál es la relación entre razón y fe?”, o aún más, “¿Cuál es la relación entre el hombre y Dios?”» Creo que a Minzenmayer le gustaría leer el libro de Samuel Gregg porque concuerdan. ¡Gregg responde a Tertuliano que Jerusalén tiene todo que ver con Atenas!

Quizás para Tertuliano, Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, es el culmen de toda la verdad y de todo conocimiento. Su venida aclara la Torá y otros libros sagrados judíos, así como todo aquello que atisbaron los griegos y los romanos en sus disquisiciones filosóficas. El sentido de nuestra existencia nos ha inquietado desde que tenemos memoria histórica, o antes aun, pero con las enseñanzas del Hijo del Hombre, nuestra limitada razón recibió un empujón; la fe no anuló ni contradijo la razón, sino que la complementó.

Gregg discierne algo más: el pueblo judío propone la noción de una creación ordenada y el concepto de libertad cuando se aleja del politeísmo y predica a un único dios, a un dios bueno y creador del mundo. El monoteísmo judío gesta una verdadera revolución intelectual, ya que constituye una «liberación de la razón humana de la mitología y la adoración de la naturaleza» (Gregg, 2019, p. 30). Los seres humanos podemos apreciar el orden existente en la Creación gracias a nuestra capacidad de raciocinio. Así, cambia la concepción del hombre: pasamos de ser titeres predestinados o manipulados por caprichosos dioses, a ser libres. El Dios del judaísmo no manipula ni esclaviza. Gregg respalda esta línea de argumentación con citas de Claude Tresmontant (1925-1977), un autor experto en teología, filosofía medieval y helenista. Tresmontant sostuvo que «el pensamiento hebreo concibe la creación de lo temporal por un Eterno como un acto positivo, en vez de como una degradación», y de allí que «el acto de la creación divina es lo que pretende la particularidad, la individualidad y la diferenciación» (Blau, 1965, pp. 118-120). Las personas individualizadas, dotadas de voluntad y de libertad, son capaces de amar, trabajar y adorar a su Creador:

El estatuto ontológico de Israel, su definición genérica, es la alianza con el Dios vivo, que instituye entre el Señor e Israel una relación personal, libre...

El ser de Israel es su fidelidad a la Alianza que lo constituye (*hemunáh*) y que es también su verdad (*heméth*). (Tresmontant citado por Dusserl, 1969)

Otro autor que escribió sobre el encuentro entre Jerusalén y Atenas es el filósofo político Leo Strauss David (1899-1973), por nacimiento judío. En ojos de Strauss, la herencia grecorromana choca con la judía, y por tanto Occidente nace de una «oposición fundamental». Tanto la tradición judía como la grecorromana conceden la centralidad de la ley divina, pero luego surge una tensión, pues los griegos «proceden sobre la base de la indagación», mientras que «la Biblia se adhiere a una ley divina en particular, e insiste que esa ley es verdadera» (Ranieri, 2004, p. 88). Strauss distingue la revelación según el judaísmo, de la revelación cristiana, donde esta se aborda como un conocimiento doctrinal que debe ser creído. En cualquier caso, para Strauss el conocimiento revelado no carece de razón. Sencillamente reconoce que el filósofo se asombra y divaga, mientras que el teólogo se adhiere a la ley divina (Batnitzky, 2016). Según Strauss, la filosofía es incapaz de confirmar o refutar la revelación porque esta no constituye un conocimiento que sea evidente por sí mismo. La mente humana acepta a Dios, aunque sea incapaz de aprehenderlo en su totalidad. «La filosofía es para pensantes, maduros, adultos; la fe se da más a los sencillos e infantiles», resume Rainieri. (2004, p. 93) Para Strauss, por tanto, la Biblia rechaza la mitología porque solo existe una ley divina verdadera, mientras que la filosofía trasciende la mitología reemplazándola con «la idea de la naturaleza» (Ranieri, 2004, p. 95).

No estoy segura de que Gregg y Strauss retraten el encuentro entre Atenas y Jerusalén de la misma forma, pero ambos señalan un afán común: la sabiduría, o logos. «¿Existe una noción, una palabra que apunta a lo más elevado que tanto la Biblia como las más grandes obras de los griegos reclaman transmitirnos? Existe tal palabra: la sabiduría,» escribe Strauss en 1967. Gregg, a su vez, cita a Justino, quien afirmó que los cristianos eran los verdaderos seguidores de Logos. El Logos divino es racional y se introduce en la historia de la humanidad de forma deliberada, con agencia moral. De esa cuenta, la verdad, la sabiduría y el trabajo intelectual de especulación e inquisición no se opone a la fe porque aquello en lo cual creemos es razonable.

Contraste este rescate tanto de la razón y de la fe, presente en los escritos de Tertuliano, Strauss y Gregg, con la famosa afirmación de Friedrich Nietzsche (1882), «Dios está muerto». En 1966, John Elson de la revista TIME convirtió la frase en pregunta: ¿Ha muerto Dios? Habían pasado 84 años desde que Nietzsche lanzó la bomba a la arena intelectual y a juzgar por las 3421 cartas de lectores enfurecidos por la carátula de TIME y el artículo de Elson, Dios seguía siendo relevante en las vidas de muchos lectores. Muchas personas en Estados Unidos, si no Europa, aún no consideraban que la ciencia y la filosofía fueran capaces de sustituir a Dios como fuente de moralidad, valor y orden. Si

el filósofo nihilista alemán hubiera podido presenciar el revuelo en 1966, podría sacudirse de hombros, pensando que él había previsto el apego a la religión (a las cavernas), a pesar de que, a su entender «vivir sin fe en Dios...es liberarse completamente del servilismo, y asumir plena responsabilidad por uno mismo» (Jones, 2016). Cincuenta años más tarde, Lilly Rothman recordó la icónica portada de TIME; 50 años más tarde, menos estadounidenses creen en Dios, pero todavía son mayoría los creyentes. Dios aún no ha muerto, pero muchas de las ideas que sembraron intelectuales agnósticos y ateos han afectado el clima intelectual. La revista suponía justo lo que Strauss pone en duda: «la fe es algo como un salto irracional en la oscuridad, un regalo de Dios», un brinco que, además, las iglesias supuestamente imponían a la fuerza a sus reticentes feligreses (Rothman, 2016).

Un número suficiente de intelectuales se secularizaron y moldearon una cultura de espaldas a Dios. Sintonee una serie de televisión contemporánea, aprecie una obra de arte posmoderna o escuche la conferencia de un connotado científico secular, y constatará que muchas personas hoy están enfrascadas en una guerra, consciente o inconsciente, contra la teología, la religión y hasta la razón. «La modernidad ha repudiado los dos orígenes, natural y divino. Para ella es sin duda el hombre quien engendra al hombre, y para hacerlo no necesita ni del sol ni de la naturaleza que simboliza, ni del Dios de la Alianza», sentencia Remi Brague (2016, p. 279). El hombre pretende liberarse de Dios tanto como de cualquier limitación física o intelectual. Tanto la razón como la fe han sido relegadas o quedaron obnubiladas. Gregg intenta recordarnos que es importante interconectar la fe cristiana con la razón siguiendo el ejemplo de los padres fundadores de Occidente, como San Agustín y Tertuliano. ¿Cómo es posible que en pleno siglo XXI la humanidad se rebele, como un adolescente impulsivo, contra sus raíces y la sensatez? Roger Scruton (2017, p. 405) comprende que «ante la imperiosa necesidad de creer, ante la urgencia que siente el hombre de hallar el misterio que desvele el auténtico significado de las cosas y que puede llevarle toda la vida, el sinsentido es más atractivo que el sentido». El sinsentido es licencia, no libertad. Es flojera, no rigurosidad.

¿En qué momento se produjo el aparente divorcio entre fe y razón? Gregg señala como un ejemplo temprano la influyente obra histórica de Edward Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1776). El sesgo antirreligioso de Gibbon lo lleva a concluir que el cristianismo debilitó al imperio romano y es, por tanto, responsable de su colapso. Para Gibbon, la respuesta yace en rescatar a la razón de la fe. Otros autores, en contraste, desconfían de la razón. Vale la pena citar directamente a Juan Pablo II, quien en 1998 escribió, en su encíclica *Fides et Ratio*:

[D]eseo yo también dirigir la mirada hacia esta peculiar actividad de la razón. Me impulsa a ello el hecho de que, sobre todo en nuestro tiempo, la búsqueda

de la verdad última parece a menudo oscurecida. Sin duda la filosofía moderna tiene el gran mérito de haber concentrado su atención en el hombre. (...) Se han construido sistemas de pensamiento complejos, que han producido sus frutos en los diversos ámbitos del saber, favoreciendo el desarrollo de la cultura y de la historia. (...) Sin embargo, los resultados positivos alcanzados no deben llevar a descuidar el hecho de que la razón misma, movida a indagar de forma unilateral sobre el hombre como sujeto, parece haber olvidado que éste [sic] está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende. Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo de que todo debe ser dominado por la técnica. Así ha sucedido que, en lugar de expresar mejor la tendencia hacia la verdad, bajo tanto peso la razón saber se ha doblegado sobre sí misma haciéndose, día tras día, incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser.

Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general. Recientemente han adquirido cierto relieve diversas doctrinas que tienden a infravalorar incluso las verdades que el hombre estaba seguro de haber alcanzado. La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual.

«La religión sin la estabilidad que provee la razón es tóxica, pero también lo es la razón sin la información que solamente Dios puede proveer», escribe el educador cristiano John Mark Reynolds, autor de *When Athens met Jerusalem* (2009) (Reynolds, 2020). Por lo menos desde la Ilustración, si no antes, Occidente se va bamboleando entre dos extremos, la religión irracional y el secularismo ateo. Gregg elabora sobre las tendencias a exaltar la ciencia, la técnica, la tecnología y el ambientalismo como nuevas religiones, al tiempo que se restringe la búsqueda de la verdad dentro del ámbito de lo empírico. Gregg explica cómo llegamos a esa realidad descrita por el papa Juan Pablo II, donde no hay certezas, ni bien, ni mal. Una sociedad que pierde de vista el Logos, en su plenitud, o que desecha miles de años de sabiduría acumulada, corre el riesgo de perecer. No obstante, Gregg cierra con una nota optimista, pues considera que somos capaces de reencausar la cultura occidental para bien del florecimiento humano en libertad.

Para ciudadanos de los países con herencias culturales mixtas, como Japón y Guatemala, el libro por Samuel Gregg constituye un mapa que guía nuestros

pasos en la búsqueda del tesoro escondido, la receta al florecimiento humano occidental. No es fácil adaptar a nuestras culturas las instituciones exitosas de Occidente, como la defensa de la libertad individual, el Estado de derecho, la propiedad privada y la inviolabilidad de los contratos, y los mercados libres, pero es aún más difícil hacerlo si no entendemos que todas estas instituciones sociales descansan sobre una peculiar combinación de fe y razón.

Carroll Rios de Rodríguez

Instituto Fe y Libertad
crios@feylibertad.org

Referencias

- Batnitzky, L. «Leo Strauss», *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, entrada revisada el 24 de mayo del 2016, recuperada de <https://plato.stanford.edu/entries/strauss-leo/#PhilReve>
- Blau, J. L. (1965). «Reviewed Work: *A Study of Hebrew Thought* by Claude Tresmontant, Michael Francis Gibson», *Jewish Social Studies*, vol. 27, n.º 2, pp. 118-120 (3 págs.)
- Gregg, S. (2019), *Reason, Faith and the Struggle for Western Civilization*. Regnery Publishing
- Jones, J. (2016). «What Did Nietzsche Really Mean When He Wrote “God is Dead”?», *Philosophy*, recuperado de <http://www.openculture.com/2016/11/what-did-nietzsche-really-mean-when-he-wrote-god-is-dead.html>
- Minzenmayer, P. (2017). «What has Athens to do with Jerusalem?», blog personal, recuperado de <https://paytonminzenmayer.com/essays/2017/8/30/what-has-athens-to-do-with-jerusalem>
- Ranieri, J. (2004). «Leo Strauss on Jerusalem and Athens: A Girardian Analysis», *Shofar: An Interdisciplinary Journal of Jewish Studies*, recuperado en PDF de <http://ezproxy.uvm.edu:2060/eds/pdfviewer/pdfviewer?vid=3&sid=b533443d-9a45-4d0f-a2f5-dd698bd1a743%40pdc-v-sessmgr01>
- Reynolds, J. M. N. (2020). «Jerusalem meets Athens, Athens meets Jerusalem», del Blog Eidos, Patheos, recuperado de <https://www.patheos.com/blogs/eidos/2020/07/jerusalem-meet-athens-athens-meet-jerusalem/>
- Rothman, L. (2016). «Is God Dead? At 50», *TIME*, recuperado de <https://time.com/isgoddead/>

RESEÑAS

Ruiza, M., Fernández, T. y Tamaro, E. (2004). «Biografía de Tertuliano», en *Biografías y Vidas*. La enciclopedia biográfica en línea. Barcelona (España), recuperado de <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/tertuliano.htm>

Strauss, L. (1967). «Jerusalem and Athens: Some Introductory Reflections», *Commentary Magazine*, recuperado de <https://www.commentarymagazine.com/articles/leo-strauss/jerusalem-and-athens-some-introductory-reflections/>

Tresmontant, C. (1969). *Études de métaphysique biblique*, p. 191, citado por Dusserl, Enrique, «El humanismo semita: estructuras intencionales del pueblo de Israel y otros semitas», Eudeba/ Clacso, recuperado de https://enriquedusserl.com/txt/Textos_Libros/4.Humanismo_semita.pdf